

FRANCISCO NARLA

# RŌNIN

LA VENGANZA DEL SAMURÁI  
AZOTADO POR EL VIENTO



NARRATIVAS HISTÓRICAS

 edhasa

# RONIN

FRANCISCO NARLA



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición impresa: noviembre de 2021  
Primera edición en e-book: noviembre de 2021

© Francisco Narla, 2012, 2021 (revisada)

© Prólogo: Francisco Narla, 2021

© Mapas: Iberfoto, e *Historia de Japón*, de Murdoch y Yamagata

© de la presente edición: Edhasa, 2021

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4836-1

Producido en España

*Gracias, una vez más, querido lector, por buscar entre mis páginas un sentimiento que recordar.*

*Gracias, una vez más, querido librero, por encontrar en sus anaqueles un lugar para mis cuentos.*

*Porque lo escrito solo es tinta hasta que el lector convierte las palabras impresas en emociones...*

*Para Alba, muchacha de fantasía que supo ahogar en su océano de sueños la más amarga de las realidades. Nunca dejes de soñar.*

*Para ellos, María y Manuel, más de cincuenta años luchando unidos, desde el paraíso de las esperanzas al páramo de la realidad; sin desfallecer. Él me enseñó el valor de la humildad, ella el del tesón, cuando, separados por dos generaciones, aprendimos a leer juntos.*

*Para Lourdes y Carlos, que me mostraron el camino a través del que poder comprender lo que los árboles llevaban años intentando contarme.*

*Y para mi linda niña, como siempre, porque nunca has dudado, porque mis historias son solo el eco de tus ánimos... Eres el único refugio en la soledad de mis tierras baldías.*

**RONIN**

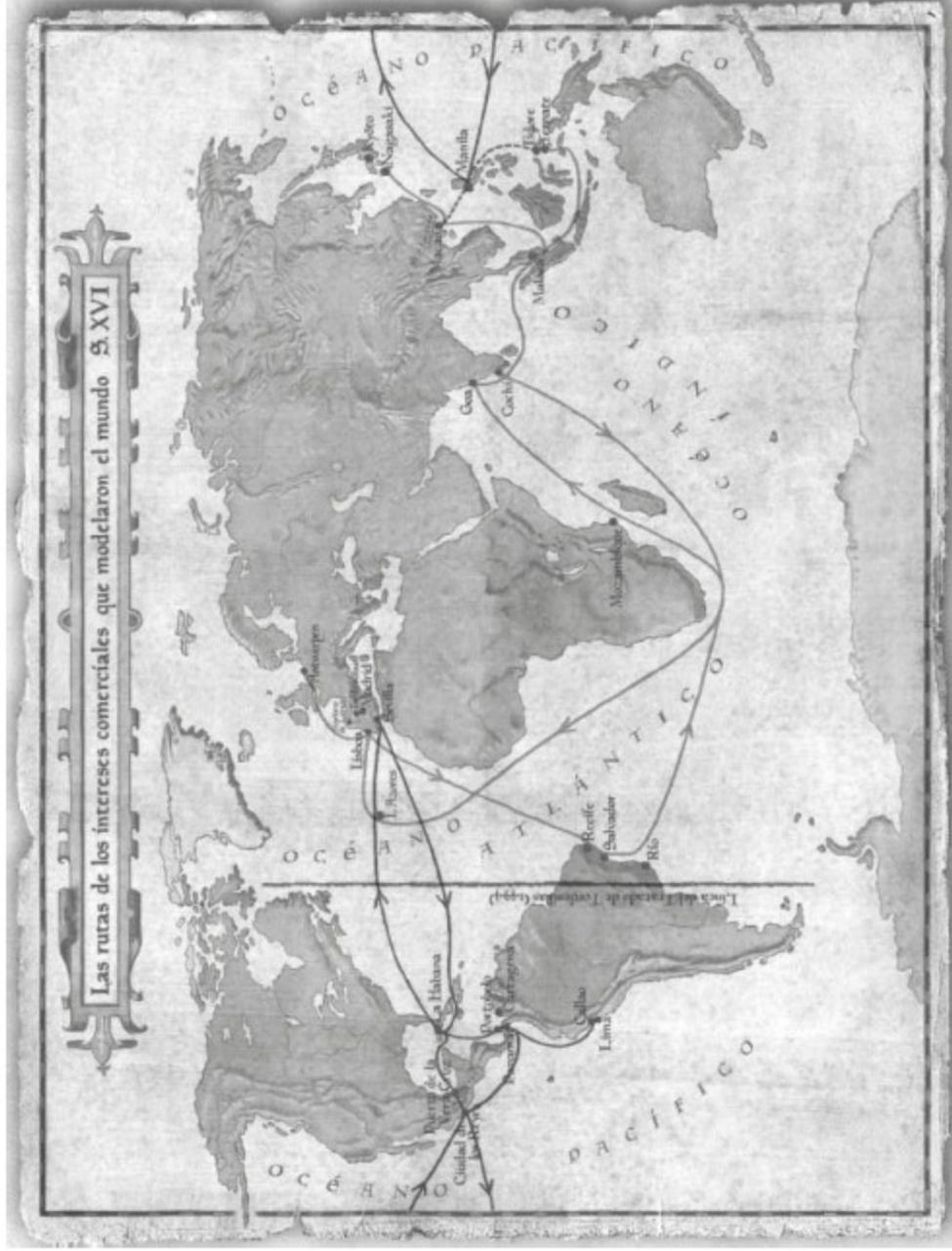
Este relato, aun habiéndose construido sobre retazos de eso que llamamos historia de los hombres, es tan solo una novela. Un cuento que bien pudo haber sucedido inmerso en un entramado de hechos que sí acontecieron, pero únicamente una narración en la que, además, no han podido incluirse todos los entresijos de una época rabiosamente convulsa.

Y es un relato en el que, aun a pesar de describirse una cultura tan lejana y distinta a la propia, se ha intentado ser riguroso, además de, obviamente, respetuoso. Sin embargo, las interpretaciones de las crónicas y, por encima de todo, la complejidad del distante acervo japonés han hecho la tarea muy compleja; por eso mismo, siendo el único responsable, vayan aquí mis más sinceras disculpas por cualquier error que pudiese haber cometido.

Además, como el argumento se ha apoderado en ocasiones de la verdad a fin de retorcerla a conveniencia, para aquellos que sientan curiosidad sobre los hechos inspiradores de la novela, se han incluido una serie de menciones al final del texto, entre las que se dan explicaciones a las decisiones tomadas en el papel de narrador, como, por ejemplo, con respecto a la onomástica japonesa o a la cronología.

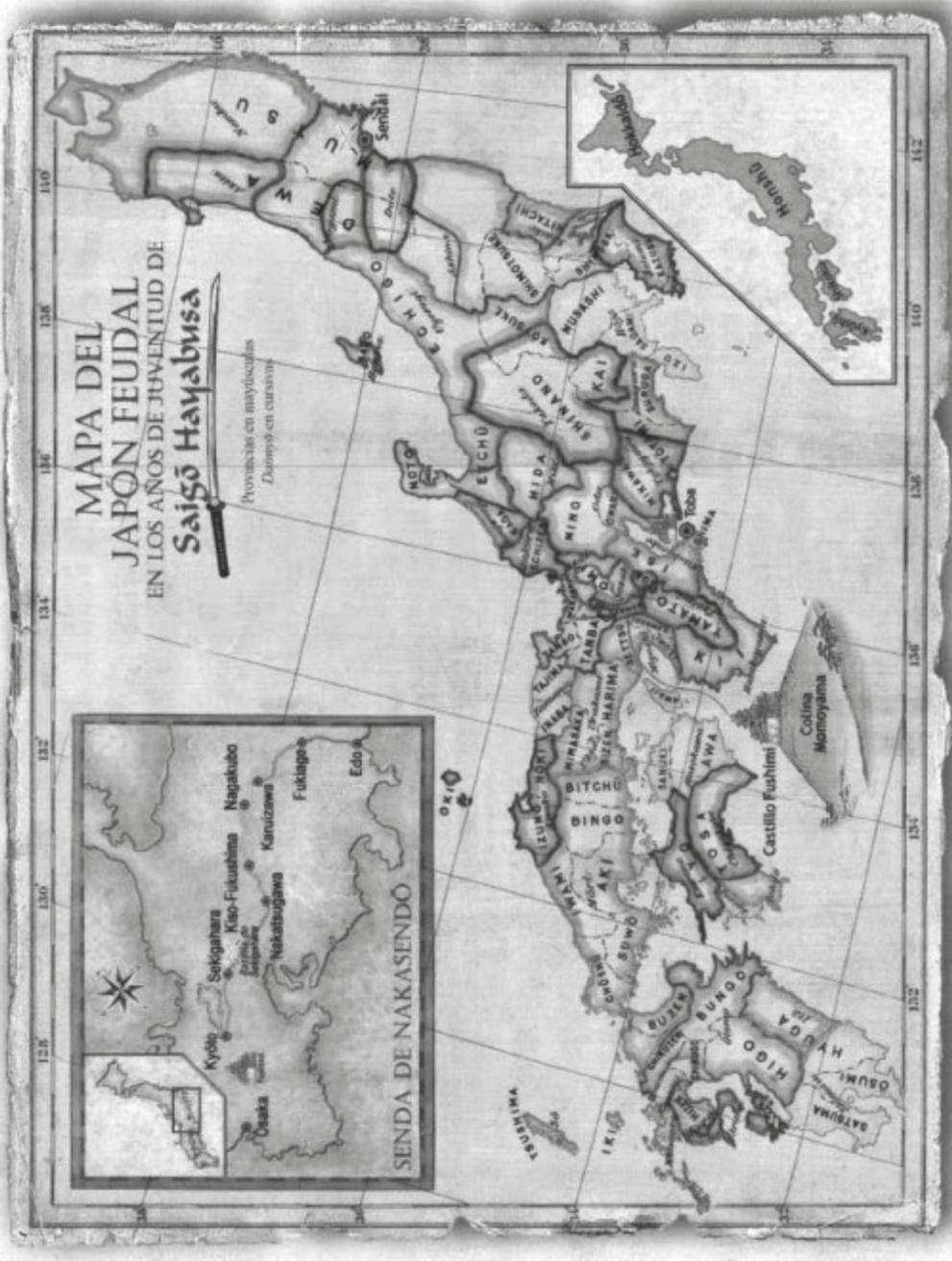
Como *magari* puede entenderse cada uno de los turnos que corresponde, alternativamente, a cada uno de los dos jugadores que libran la batalla representada y contenida en el tablero de *go*. Es decir, el tiempo del que dispone para elaborar su estrategia y llevarla a cabo moviendo una de sus pequeñas piezas con el objetivo final de conquistar el mayor territorio posible y vencer a su oponente; de alcanzar el poder.

Las rutas de los intereses comerciales que modelaron el mundo S. XVI



# MAPA DEL JAPON FEUDAL EN LOS AÑOS DE JUVENTUD DE Saishō Hayabusa

Provancia en mayúsculas  
Daimyō en cursivas



## PRÓLOGO

Había una vez un río...

Sevilla.

Llena de magia y de historia.

Siempre que paseo por sus calles peinadas de naranjos vienen a mi mente los mapas, las crónicas, las lecturas y las muchas horas de documentación para mis novelas.

He vuelto a ella una y otra vez, maravillándome siempre, incluso en los días en que los sombreros se derriten encima del flequillo.

A veces incluso tengo la sensación de haber sido bendecido con la fortuna de vivir en Triana desde hace siglos, porque al pasar por el puente casi puedo ver las antiguas barcazas que por primera vez dieron ocasión a sus gentes de cruzar de una orilla a otra.

Allí, al amor del río y sus aguas, me acuerdo de Alfonso X cada vez que veo el escudo de la ciudad con su famosa madeja; pienso en el Cid, en los líos de las taifas y, cuando paseo por la ribera, veo con detalle el bosque de mástiles y jarcias, con sus velas arriadas, y también a los estibadores descargando las corachas. Casi me parece advertir el alocado ajeteo de los días antes de que zarpe la flota para las indias.

Y, en una de mis muchas visitas, aproveché la estancia para seguir el curso del Guadalquivir y conocer antiguos atracaderos para aquellos galeones, galeoncillos, bergantines y tartanas que se jugaban la quilla en la barra de Sanlúcar para traer y llevar fortunas y destinos.

Y también para pasear por las localidades ribereñas.

Y es que, además de mi pasión por la historia, como amante de la naturaleza, los ríos siempre han ejercido sobre mí una poderosa atracción, e incluso cuando no tengo la caña en la mano para dedicarme

a la pesca con mosca, rara es la ocasión en la que no me quedo embobado ante una corriente de agua.

Así me encontré caminando plácidamente por la hogareña Coria del Río, mirando a todos lados como un niño bajo el árbol en la mañana de Reyes.

Casi podía ver a los gavieros subiendo por el de mesana, al maese ceñudo en la proa, al piloto atento al timón. Buscaba uno de aquellos barcos.

Y no lo encontré. En su lugar, me topé de bruces con la estatua de un samurái.

Supongo que podía haber sido la de un famoso guitarrista, la de una bailaora, la de un afamado alcalde, algún literato, un poeta romántico. Pero no, fue la de un samurái. Y, una vez más, la inmensidad de mi ignorancia sirvió para asombrarme.

Por más que no lo pareciese, aquel bronce tenía todo el sentido ocupando aquel lugar que miraba al río con la misma intensidad con la que yo lo hacía.

Recuerdo haber leído las placas en el pedestal, pestañear, releerlas y olvidarme de mi paseo de inmediato para regresar a toda prisa a mi hotel y empezar un camino que me llevó por bibliotecas, hemerotecas y despachos de catedráticos.

Un peregrinar gustoso a través del que descubrí la increíble historia de la embajada Keichō, de la que, hasta entonces, yo no tenía repajolera idea.

El asunto, en una pincelada, viene a suponer que a principios del siglo XVII un galeón cargado de japoneses llegó a Sevilla y que algunos de ellos decidieron quedarse; prueba de ello y de la herencia que dejaron es el apellido Japón, que hoy llevan más de seiscientos vecinos de la villa.

Pero, en cuanto se pasa de la pincelada que uno se encuentra en la red, el mismo asunto está plagado de aristas nunca pulidas y supone el terreno de cultivo adecuado para dejar que la imaginación eche a volar. Se podrían mencionar las poco aclaradas causas y consecuencias de aquel hito, la naturaleza de la presencia española en el Japón medieval, la intermediación del auténtico «imperio de la plata» que era la China

de la dinastía Ming... En términos históricos, me encontré con un apasionante regalo al que bien se le podía dedicar una vida con tal de desentrañar algunos de sus secretos. Sin embargo, yo no soy historiador, soy un «cazador de historias», y desde aquel encontronazo con una severa estatua de bronce tuve claro que tenía en mis manos un tesoro.

Samuráis en un lugar como Sevilla. A la fuerza resultaba una idea incitadora.

Sin embargo, como escritor, tenía claro que aquello no era más que una premisa, necesitaba un argumento. Era como tener una maravillosa tramoya y echar en falta una obra que representar.

Así que busqué desesperadamente durante meses una trama que diera sentido a ese decorado.

De modo que tuve que dirigir mis esfuerzos en otras direcciones.

Japón y algunos pedazos de su cultura no me resultaban ajenos. He practicado durante años el tiro con arco, y durante más tiempo aún he dedicado largos ratos de ocio al cultivo de bonsáis o a la contemplación de *suisekis*, las piedras naturales de formas y dibujos caprichosos que han sido valoradas en Oriente durante siglos. Me había topado en más de una ocasión con su especial idiosincrasia.

Recuerdo vívidamente cómo, el día en que conocí a mi maestro en el arte del bonsái, me dijo que tardaría tres años en aprender a regar. Imbécil de mí, yo desdeñé la afirmación con el estúpido orgullo del que ha pasado por multitud de aulas universitarias y cree que los diplomas en una pared pueden explicar los intrínquilos de un arte milenario.

Él tenía razón.

Tardé tres años en aprender a regar y diez más en entender el porqué.

Algo de aquello del país del sol naciente ya tenía en mi zurrón, pero hube de esforzarme para conocer sus recovecos.

Así, entre libros, viajes y multitud de preguntas que expertos en los más variados temas tuvieron la amabilidad de responder, aunando mi bagaje previo, encontré el modo de dotar de esqueleto a un argumento en el que un soldado español y un samurái japonés cruzaban sus caminos demostrando que los poderosos juegan a placer con las vidas

de sus vasallos; que los peones son prescindibles y que, sin embargo, de tanto en tanto, alcanzan la última fila de escaques en el tablero y cambian para siempre el curso de la partida, de la «historia».

Como un paleontólogo, fui sacando huesos del polvo. Cada cual más apasionante que el anterior, cada uno traía consigo ideas tan poderosas, románticas y concomitantes como los famosos Tercios, el Camino Real, el *shōgunato* Tokugawa o, entre muchas otras, los *rōnin*, esos samuráis a la deriva.

Y, en más de una ocasión, aquel enorme esqueleto recién desenterrado amenazó con derrumbarse y aplastarme sin compasión. Pero, como hijo de leonés, tengo mi buena parte de cazurro irredento.

No me rendí.

El resultado no se expuso en un museo de historia natural como un tiranosaurio cualquiera, se fue directo a la imprenta. Y me sigue asombrando tanto como embargando de agradecimiento que, a día de hoy, en castellano, lleve media docena de ediciones en tapa dura, un par de ellas en tapa blanda, otras tantas digitales, una versión en audiolibro y, además, haya sido traducido a varios idiomas, incluyendo el lejano chino.

Y estas páginas, estas que tiene en sus manos, son el último de esos hitos...

Quizá porque la analogía del fósil, esa de que el «cazador de historias» desentierra su historia con pala y cepillo, la misma que tantas veces utiliza Stephen King, no sea la más adecuada en este caso.

Quizá porque esta historia no está hecha con huesos, sino con cuadernas de galeón, un galeón que ha navegado desde el Guadalquivir hasta la misma china y que acaba de atracar en su hogar.

Gracias por enrolarse en la tripulación...

PRIMER MAGARI

FUSHIMI

«Un samurái debe ante todo tener presente,  
día y noche..., el hecho de que un día ha de morir».

Daidōji Yūzan, *El código del samurái*

Moriría esa noche. Y él lo sabía.

Aquella mansa quietud no duraría mucho. Las guerras, como los mentirosos, jamás sacaban provecho del silencio. Los combates empezarían de nuevo; sin remisión. Y serían los últimos.

No vería el nuevo amanecer.

Era una noche plácida, la primera desde el comienzo del asedio que concedía un respiro a los samuráis del castillo. La luna, casi en plenitud, se mostraba con timidez sobre las tejas oscuras, y su reflejo, acompañado por las llamas vacilantes de los faroles, apenas llenaba las sombras. El agua del arroyo, modelado durante años por los artesanos, susurraba con el tono justo. El cálido aroma de los juncos maduros se escapaba de los jardines dispuestos entre los almacenes, las armerías y los barracones de la guarnición. Las ramas de los cedros trenzaban huecos de claroscuros, mecidos por una suave brisa que rompía el encanto de aquella serenidad al revolver, sin recato, los hedores de las cruentas batallas que se habían sucedido durante diez largos días.

El verano terminaba y el calor del día, apesado por las enormes piedras trabadas en los cimientos, se liberaba poco a poco. Ni siquiera las cigarras y los grillos, espantados por las atroces contiendas, se atrevían a romper la hipócrita calma de la tregua.

Envuelto en aquel presentimiento del otoño, recogido entre los aleros de las murallas, Saigō caminaba adentrándose en el corazón del alcázar. Se movía con ligereza. Con un andar suelto, impropio para un hombre que arrastraba sus años y cicatrices.

Los duros *geta* de madera que calzaba apenas hacían ruido cuando apoyaba las suelas, pero cada paso se acompañaba de un desagradable tintineo; el complicado entramado de cordajes de seda que sujetaba la miríada de escamas de su armadura había recibido algún corte. Probablemente en el último ataque, al ocaso, durante las escaramuzas a caballo que habían librado instantes antes del incendio de la torre del este, cuando, una vez más en aquel interminable asedio, Torii Mototada, el *daimyō* del castillo de Fushimi, había dado la orden sin temer la aplastante superioridad del enemigo. Y, una vez más, había resultado evidente que los dos centenares escasos de supervivientes poco podían hacer contra los casi cuarenta mil aceros del ejército comandado por el magistrado Ishida Mitsunari.

Ahora, mientras se preparaban para lo que sería el final, los dos bandos cobraban resuello aprovechando la pausa. Y en tanto el adversario tomaba aliento, en el fortín, muchos componían un postrer poema con el que afrontar la muerte u otros acometían unas últimas tareas que apestaban a derrota, y el señor de la fortaleza, sin explicaciones, lo había hecho llamar, con urgencia, despreciando el destino de dolor y muerte que se cernía sobre ellos.

Le parecía recordar el silbido agudo de un disparo que había pasado demasiado cerca, aunque Saigō no dedicó un solo pensamiento a esa o a cualquiera de las veces que había estado a punto de morir en aquella sarta de días esculpidos a sangre y fuego. Se palpó el costado del peto hasta encontrar las launas que la bala había rozado, las liberó de los cabos deshilachados y las guardó bajo el *kote* que protegía su antebrazo izquierdo. No quería perderlas. A excepción de su hijo, al que no veía desde hacía demasiado tiempo, aquella desgastada armadura y su par de sables eran cuanto le quedaba de su vida anterior.

Sin detenerse, desechando la nostalgia que pretendía hacer presa en él, ató los cabos sueltos con manos ágiles y sus labios se contorsionaron en un inacabado amago de sonrisa. Ya no se oía aquel incómodo soniquete, solo el leve susurro de los zuecos en la arena del camino.

Satisfecho, el samurái sacudió los hombros acomodando las guatas. Abrigado con la reconfortante sensación de que cada pieza y lazada

asentaba en los callos de su cuerpo. Era como toparse con un viejo amigo. Y aquella percepción le permitió arrinconar la melancolía que le había producido pensar en su pasado. Siguió su camino.

En un pequeño patio, decorado por jardines de grava rastrillados y arbustos de azalea delicadamente podados, se cruzó con un grupo de *shinobi*. A la luz de antorchas y lampiones de papel, aquellos guerreros arreglaban sus oscuras vestimentas azules, preparándose para una incursión nocturna a las líneas enemigas; probablemente advertidos por alguno de los capitanes de que debían cortar las líneas de correo del enemigo.

Eran fabulosos espías, maestros en las refriegas cuerpo a cuerpo y artesanos consumados en las tareas de sabotaje, pero, como él mismo, aquellos hombres llevaban en sus rostros el castigo del largo asalto. Estaban marcados por el hollín y la suciedad. El cansancio contorsionaba sus expresiones. En algunos incluso destacaban aparatosos vendajes tintos de sangre.

Sin detenerse, instigado por el extraño mandado de su señor feudal, Saigō tan solo les dedicó un severo gesto de reconocimiento. Y aquellos misteriosos soldados, dispuestos siempre a arriesgarse con las más terribles encomiendas al abrigo de la oscuridad, se inclinaron con gravedad.

Habían sido enviados a Fushimi desde la región de Kōga por petición expresa del propio Tokugawa Ieyasu, el líder del Consejo de Regencia, y en aquellos días en que las dos facciones de un Japón dividido se tentaban preparándose para una guerra civil, se habían mostrado inestimables, incluso en las escaramuzas previas al asedio. Y su saludo estaba lleno de profundo respeto, pues los hombres del *ninjutsu* habían llegado a admirar a aquel samurái de magros modales y profundos silencios que se alejaba caminando hacia el dédalo de tapias y murallones que conformaba el reducto interior del castillo. Uno de ellos incluso le debía la vida, y fue el último en apartar la mirada. Todos eran conscientes de que no volverían a verse; pronto arderían de nuevo las mechas de los odiosos mosquetes occidentales que sus sitiadores habían conseguido.

Desde su imponente altura de cuatro plantas, la torre del homenaje, grácil y ligera, contemplaba los pasos del hombre. Su silueta, recortada contra el velo azabache del cielo gracias a la claridad de la luna, recordaba a un gran pájaro en equilibrio sobre una rama quebradiza, delicadamente apoyado, pendiente del crujido que lo obligase a emprender el vuelo. Las onduladas cornisas parecían estar a punto de abatirse para tomar impulso.

Y, coronando una suave pendiente al abrigo de la atalaya, Saigō llegó hasta un par de peldaños adoquinados de largas huellas en las que despuntaban verdes brotes de hierba. Algo más allá, un ángulo en el murallón cedía el paso a dos puertas: una enorme y solemne, tachonada de remates de bronce, y otra mucho más humilde, terminada en bastos maderos. Había llegado.

No dudó. Franqueó el más sencillo de los umbrales, el que había sido construido para que un extraño no adivinase el camino correcto. La pesada hoja se movió con suavidad sobre las bisagras de hierro y, una vez al otro lado, aguardó respetuosamente a ser llamado.

En aquel recinto, el alma de la fortaleza, unos pocos guardias de rostros demacrados, vestidos con formales *hakama* de piel y sobretodos estampados con el blasón del clan Torii, protegían a su *daimyō*, al elegido por el mismísimo Tokugawa Ieyasu para guardar la crucial fortaleza de Fushimi. Antes de mover siquiera un músculo, observaron con fijeza al antiguo labriego, al que, misteriosamente, habían llamado a comparecer.

Saigō era un hombre espigado, de casi un *ken* de altura. Tenía el aspecto nervudo de uno de esos sables de prácticas hechos con manojos de cañas de bambú que usaban en las escuelas meridionales. Su rostro, picado por la viruela, y las arrugas que entretejían su piel castigada daban testimonio de sus casi cuarenta años. Sus pómulos altos enmarcaban ojos del color del nogal viejo y oscurecían las mejillas, sombreadas por una barba rala en la que, cada mañana, despuntaban las canas. Como los monjes, en lugar de llevar el tradicional tocado que le correspondía por posición, se afeitaba escrupulosamente la cabeza. Había nacido al sur, en un pequeño señorío de la isla de Kyūshū, y

decía ser de origen humilde. Aunque todos habían oído rumores de cómo aquel samurái había forjado sus propias leyendas en las antiguas luchas fratricidas que habían conducido a la unificación del «país de los dioses».

Los guardias se apartaron entre los crujidos del cuero de sus prendas.

–Podéis pasar, el señor os espera –le dijo, franqueándole el paso, una voz severa que no sació sus dudas por el llamamiento.

Aquel era un recinto de paz dedicado al *daimyō*. Un atrio ordenado con la exquisitez de la asimetría en el que cada arbusto, laja de pizarra y piedra parecían haber terminado en su lugar de manera natural, aunque la realidad era que, a través de un infinito trabajo, hasta el más diminuto parche de musgo había sido dispuesto por artesanos minuciosos. Era un lugar al servicio de la meditación y la belleza. Incongruente en la tensión que anegaba el ambiente previo a la batalla que se avecinaba.

Sobre tocones desmochados con elegantes cortes, o encima de piedras cuidadosamente elegidas, se apoyaban pequeños árboles cultivados en vasijas de porcelana de la mejor calidad. Y, moviéndose con dificultad entre ellos, renqueando por culpa de las viejas heridas que habían lisiado sus piernas en una guerra no tan distinta a la de aquellos días, el señor de Fushimi, el hombre que llevaba por *mon* de su familia los arcos que indicaban el umbral de los templos, caminaba trabajosamente.

El *daimyō* era enjuto, de ojos cansados y ralos cabellos arreglados con el moño tradicional. Se había aseado para desprenderse de la mugre de las luchas y vestía con pulcritud prendas ligeras de colores discretos; no llevaba prendidos en su *obi* el par de sables habituales. Tenía un rostro redondo y afable, sereno incluso en los combates más encarnizados.

Apaciblemente, paseaba entre sus bonsáis, arrancando algún hierbajo, rozando con las puntas de los dedos las hojas coloreadas de un arce de apenas un palmo de altura, observando con atención cómo cuajaban los frutos de un granado mientras su ligera barba de finas canas se movía con la brisa. Treinta años atrás había sido impetuoso, un tigre seguro de sí mismo. Pero el paso del tiempo le había enseñado a reconocer la estupidez de su propia juventud. Ahora, después de tantas contiendas al servicio del gran señor Tokugawa Ieyasu, regente del Consejo, solía

pensar que, desgraciadamente, un hombre solo atisbaba a comprender su ignorancia cuando la edad se empeñaba en demostrarle que ya no le quedaría tiempo para aspirar a la sabiduría.

Sin hablar antes de que se lo indicasen, consciente de que los escamados guardias no le quitaban el ojo de encima, Saigō se fue acercando, sin poder evitar el preguntarse qué desearía su señor de él en un momento como aquel.

Fuera lo que fuese, solo esperaba que se tratase de un camino a la victoria, aunque supusiera su propio sacrificio. La muerte no importaba. Y en los últimos diez días, con cada ocasión en que un puñado de jinetes se había enfrentado a un ejército que lo superaba en proporción de cien a uno, lo había demostrado gustoso. Se abriría el vientre con solo una palabra de su *daimyō*; perder la vida era admisible. Lo inaceptable sería el deshonor de la derrota. La ignominia del vencido.

Y por eso, para poder cumplir con su deber, anhelaba que el señor del castillo le hubiese mandado llamar porque, al fin, había encontrado el modo de hacer realidad lo imposible: vencer a las huestes del magistrado Ishida Mitsurani.

El magistrado Ishida Mitsunari, en pie frente a su tienda de campaña, mirando hacia la silueta del castillo que coronaba la colina Momoyama, se rascó el romo mentón usando el extremo de una de las varillas de su abanico. Pensaba en cómo devastar aquella fortaleza.

Estaba rodeado por miles de hombres. Hasta donde alcanzaba la vista, iluminados por la luna, flameaban estandartes que lucían la hoja de paulonia del blasón usado como emblema por el joven heredero Toyotomi Hideyori. Sin embargo, pese a las continuas cargas desde todas direcciones, la plaza de Fushimi no se rendía.

Era un hombre cenceño, con un rostro abotagado que recordaba a un pez *fugu* hinchándose para evitar que lo atraparan. Y esa noche la frustración anidaba en cada uno de sus gestos.

La información obtenida por sus espías había resultado ser cierta: Tokugawa Ieyasu había pasado por el castillo. Pero el subversivo regente había intuido la emboscada y había escapado con apenas unos días de ventaja, dejando al magistrado con el único consuelo de pensar que, gracias a su ataque, habría espantado al díscolo mandatario, impidiendo que siguiera avanzando en su velada campaña por reunir un contingente con el que enfrentarse a sus opositores en el Consejo.

Sin embargo, aunque aquel sedicioso hubiese huido, Ishida Mitsunari no pensaba dejar que uno de los baluartes rebeldes quedase en pie.

–Atacaremos una vez más, ¡todos! ¡A un tiempo! –aseveró, sin volverse al oficial que aguardaba a su espalda.

–No quedará piedra sobre piedra, que se adelanten los escuadrones con armas de fuego. ¡Atacamos! –afirmó el otro, vehemente, señalando

la silueta del castillo con su abanico.

Aquel cargamento de mosquetes que había interceptado le granjearía el éxito. Tokugawa Ieyasu, el amigo de los extranjeros barbudos, caería en su propia trampa al haber intentado comprar aquellos mosquetes para decantar la guerra que se avecinaba. Ahora sería él quien conseguiría el beneplácito de los restos del Consejo de Regencia. Haberse apropiado de aquel inmenso envío de los forasteros había sido un golpe de suerte; esa noche, el magistrado lo tenía todo a su favor.

\* \* \*

El poderoso río Yodo fluía mansamente, entre sauces de lánguidas hojas, bebiendo las escorrentías de las montañas que rodeaban la región de Kansai, al sur de la gran Kioto imperial. Era una importante arteria fluvial que permitía a los viajeros y mercaderías dejarse llevar por la corriente desde la antigua capital de los *shōgun* Ashikaga hasta las murallas mismas del castillo de Osaka, la villa portuaria donde el joven heredero aguardaba la edad oportuna para convertirse en el «gran general de todos los ejércitos», cumpliendo el sueño que había engendrado su padre al unificar bajo su mandato a los señoríos del Japón. Y en medio, entre ambas ciudades, sobre la colina Momoyama, abrazado por un meandro del río para dominar una llanura que se extendía hasta hundirse en el mar, se alzaba estratégicamente el alcázar de Fushimi, cercado por cuarenta mil hombres que se lanzaban contra el castillo con las picas en alto y los filos desenvainados, arrancando reflejos a la luna. Comenzaba un nuevo ataque, y estaba destinado a ser el último.

Mientras, en el núcleo de la fortaleza, rodeado por los estragos de un asedio sin cuartel, sabedor de la importancia estratégica de sus dominios, Torii Mototada, *daimyō* de la plaza, paseaba trabajosamente entre sus bonsáis. Desde el sitio a Suwahara, en el que había sido gravemente herido, el señor feudal sufría de terribles dolores en ambas piernas y sus pasos eran cortos y vacilantes; contrastaban con la fuerte determinación de su rostro. Aparentemente, no le concedía importancia

alguna a los disparos que volvían a oírse. El samurái, respetuoso, callando sus preguntas, lo seguía en silencio.

El *daimyō* se detuvo ante una gran laja de pizarra apoyada en un tocón. Sobre ella, rodeado de un manto de musgo primorosamente dispuesto en el que se habían esparcido pequeños cantos rodados, se erguía con dificultad un pino mortificado por los años.

Saigō había visto ejemplares así en los acantilados del norte, colgados del abismo y barridos por el viento, pero mientras aquellos podían llegar a alturas de una docena de *ken*, este, apoyado en el suelo, no le hubiera alcanzado la cintura. Colocado en uno de los extremos de la losa que le servía de maceta, estaba terriblemente sesgado, como si un espantoso *tai fun* lo hubiese castigado con denuedo.

Todo el árbol reflejaba sufrimiento. Parecía luchar por alzarse, como si vendavales inmisericordes lo azotasen impidiéndole crecer erguido.

Las raíces, fuertes y gruesas en proporción al tronco, ancho como el antebrazo de un herrero, semejaban aferrarse a la tierra con desesperación. Del lado que habría quedado a barlovento, la madera expuesta por cicatrices reseca aparecía cubierta por una pátina cenicienta donde se salpicaban muñones desnudos de antiguos brotes, abiertos como garras tullidas. En el costado opuesto, la vida se aferraba a los cordones de la corteza tejida de escamas ya ancianas y, barridas por la ventisca que imaginara el maestro jardinero para formar el árbol, se escalonaban cinco pequeñas ramas, tantas como los elementos que todo lo componían. Se abrían con el perfil de una punta de flecha para dividirse una y otra vez hasta albergar colecciones de pequeñas acículas de un verde radiante; daban la impresión de haber sido pinceladas con laca plateada.

Saigō no solía caer en el sentimentalismo. Era hijo de la guerra, se había curtido en la creencia de que la vida ocurría irremisiblemente en derredor. Sabía bien lo que se esperaba de él: vivir cada momento asumiéndolo con la estoica resignación de que sería el último. Y, al contrario que algunos jóvenes samurái que habían disfrutado de períodos de paz en los que cultivar la poesía, el dibujo o la caligrafía, desde que había abandonado sus arrozales, él no había tenido otro

cometido que el filo del acero. Pero, aun así, al contemplar el bonsái, percibió la destreza de los años de cuidados, la delicada asimetría. Vio la belleza que escondía, del mismo modo en que tantas veces la había vislumbrado en un estilo de esgrima, o en las maneras de un *sensei* que tensara el arco entre sus manos. Se olvidó de sus cuitas y ni tan siquiera pensó en por qué habría sido convocado.

Torii Mototada, al advertir el gesto de su subordinado, asintió comprensivamente. Y supo que había acertado.

Aquel *ashigaru*, apartado de un terrible pasado, había logrado sobrellevar la culpa que apresaba su linaje y había intentado encontrar la paz. No le habían dejado; él conocía buena parte de la historia. Aun así, aquel *bushi* estaba allí, en medio de los ocho infiernos, dispuesto. Era el adecuado para aquella gesta imposible, y por eso iba a pedirle que renunciase a lo poco que todavía le quedaba.

Porque no le cabía duda. Aquel callado labriego aguantaría. Rodeado por la muerte, seguiría plantándole cara al enemigo. Fiel a su deber, leal a su *daimyō*. Hasta las últimas consecuencias, hasta que el karma decidiese. Como aquel árbol. En pie, incluso frente a las ráfagas inclementes de la galerna que lo harán despeñarse.

Y el señor del feudo, que, desde sus más de sesenta años, aún era capaz de encontrar juventud en aquel samurái, sonrió afectuosamente para, sin dar tiempo a las cortesías debidas, invitarlo con un gesto de la mano.

–Mi querido Hayabusa, ven, sentémonos –propuso, hablando sin formalidades o tratamientos honoríficos, dirigiéndose al otro como lo haría un padre preocupado, consiguiendo que Saigō se sintiera abrumado por tal muestra de cariño–. He de hablarte...

En uno de los extremos del jardín, frente a soportales cerrados por paneles de papel de arroz, no lejos de la pequeña edificación dispuesta para la ceremonia del té, una pareja de sirvientes del castillo preparaba unos escabeles y una mesita labrada; dejaron también un jarro caliente de sake traído de Nada, cha recién preparado y unos pocos encurtidos curados en vinagre de arroz. Todo junto a la percha donde el halcón del *daimyō* batía sus poderosas alas de tanto en tanto. La rapaz observaba a

su amo aproximarse con fieros ojos dorados, abriendo y cerrando la aguzada cizalla que tenía por pico.

Para el señor Torii, cuyas maltrechas piernas apenas le permitían soportar unos pocos instantes arrodillado formalmente, resultaba agradable disponer sus encuentros al aire libre. Donde no solo disfrutaba de sus amados bonsáis, sino que también podía sentarse sin verse obligado por la cortesía a soliviantar sus viejas heridas.

Saigō aguardó a que su señor acariciase el pescuezo del ave, que aceptó la mano del hombre con naturalidad. La rapaz no llevaba caperuza, y no calzaba pihuelas que la atasen al colgadero, pero no hizo ademán de echar a volar; se apaciguó y comenzó a acicalarse las largas plumas pardas de sus alas afiladas. Después de que su *daimyō* lo hiciese, el antiguo labriego tomó asiento en el escañuelo libre.

Cuando los lacayos se alejaron, Torii Mototada habló:

–Hemos sido traicionados –expuso el *daimyō* sin ambages, con evidente desazón–. Estoy convencido...

El impacto de una revelación así hizo trastabillar los pensamientos de Saigō; no lo hubiera imaginado.

–Ha de ser por culpa de algún renegado desleal, padre de ochocientos embustes y otras tantas perjuradas. Por eso nos encontramos en esta encrucijada –concluyó con vehemencia.

En la lejanía se perdieron relinchos amartillados por los silbidos de las balas. El halcón miró al horizonte y uno de sus ojos destelló con el reflejo de la llama de uno de los lampiones esparcidos entre los bonsáis.

–El incendio... –Torii Mototada negó moviendo el rostro y tardó un instante en retomar su discurso–. Al arder la torre del este hemos perdido otra más de nuestras defensas –añadió con franqueza refiriéndose al foso principal, que estaba muy dañado–. Y ya solo quedan poco más de cien hombres con los que poder contar. –El *daimyō* se retrepó en su escabel intentando buscar un acomodo distinto para sus piernas–. Es el final...

Y como si hubiese entendido las ominosas palabras de su amo, la prima se inclinó en su percha abriendo el pico afilado y mostrando la aguzada lengua de rosa vivo. Observándola con una sonrisa, Torii hizo

un gesto a los criados, dando tiempo a que sus catastróficas aseveraciones calasen en el espíritu del samurái.

Y mientras el señor feudal contemplaba a la preciosa hembra de peregrino, recordando la última cacería de faisanes de la que habían disfrutado antes del asedio, los lacayos, siempre atentos a sus requerimientos, se apresuraron. En silencio, moviéndose entre los siseos de las telas de sus kimonos dispusieron entre ambos hombres un tablero de *go* y sendos cuencos bellamente pulidos.

Apenas conocía el juego. Pero Saigō sabía que era del agrado de su señor, y también del regente Tokugawa Ieyasu. Uno de los guardias le había contado como los dos habían pasado horas moviendo las pequeñas piedras en la tarde de la semana anterior, cuando el miembro del Consejo había visitado el castillo. En cada uno de los recipientes que acababan de dejar junto a ellos, labrados en palo de rosa, se guardaban guijarros, unos negros y otros blancos. Y, a medida que se disponían por turnos en la retícula tallada en el casillero, ambos jugadores medían sus fuerzas hasta controlar el mayor territorio posible. Era un divertimento para generales, no para hombres con su historia. Pero no dijo nada.

Sin embargo, Torii no parecía tener intención de jugar. Acarició la pechera moteada de su querido halcón y, girándose de nuevo hacia el samurái, destapó uno de los cuencos. Sacó una de las pequeñas piedras blancas y, cuando se quedaron de nuevo a solas, lejos de oídos indiscretos, comenzó a hablar pausadamente.

–Toyotomi Hideyoshi consiguió lo impensable –dijo, depositando el guijo en el centro del *go kang* bellamente labrado–. Unió bajo su control a todos los feudos del Japón. Por vez primera, un solo hombre, aparte del divino emperador, llamado a otras ocupaciones –aclaró alzando una ceja–, rigió en nuestras tierras. Aun así, a pesar de los esfuerzos aduladores de sus biógrafos –Saigō sintió los ojos cansados de su señor escrutarlo–, sus orígenes humildes le impidieron convertirse en general de todos los ejércitos. –Ante aquella mención al cargo de *shōgun*, al samurái no se le escapó la referencia a la modesta cuna en la que naciera el padre del heredero–. Tuvo que conformarse con el título

de gran consejero –aclaró hablando de la dignidad de *kampaku*, «la barrera blanca», el hombre con mayor poder tras la casa imperial–. No había ni una sola gota de sangre Fujiwara en sus venas y no hubiera sido digno. Era solo un campesino convertido en soldado –como aparentaba el propio Saigō, el afamado Toyotomi Hideyoshi había sido un *ashigaru*–, un hijo de labriegos que habían servido casualmente para el clan Oda.

En ese momento, el *daimyō* se tomó un respiro y sirvió él mismo un poco de sake. Saigō aceptó el platillo que le tendían, pero apenas mojó los labios.

–Y cuando los años pasaron –prosiguió el señor feudal–, Toyotomi empezó a preocuparse por la sucesión. –El samurái conocía la truculenta historia, plagada de traiciones veladas y hombres obligados a cometer *seppuku*–. Finalmente, al tener un hijo varón, el pequeño Hideyori, viendo la muerte cerca, al antiguo campesino se le ocurrió jubilarse. Asumió el cargo de regente retirado –muchos seguían hablando de él como el *taiko*–, y designó un consejo que garantizase a su vástago el poder...

Torii, que mientras hablaba había destapado el otro cuenco con las piezas de *go*, extrajo cinco de ellas; esta vez, negras.

–... cinco hombres de probada honorabilidad que velarían por los intereses de su hijo hasta la llegada del momento oportuno en el que, con la venia del emperador, el niño Hideyori pudiese convertirse en gran general de todos los ejércitos. –Al tiempo, Torii colocó las cinco piedras negras en la línea inferior a la central del tablero, donde había dispuesto la blanca que representaba al difunto *taiko* Toyotomi Hideyoshi–. Parecía haberse asegurado de que el futuro de su vástago estuviese garantizado, pero sus ansias de grandeza fueron más allá de lo razonable e intentó conquistar Korea... Como tantos otros ilusos, murió ahogado por sus ambiciones...

Y a la vez que retiraba la pieza que había depositado en el medio del tablero para devolverla a su cuenco, inclinó el rostro señalando la frasca de sake con el mentón.

Después de beber el licor de arroz, calentado hasta su punto justo para resultar reconfortante, Torii Mototada miró con gesto severo a su samurái.

Saigō comprendió que en breve sabría por qué había sido llamado. Tironeó de las gayaduras de los faldones de sus ropas, ajustó uno de los nudos del peto que le ceñía el torso y, pese a la incertidumbre, se sintió honrado de contar con la confianza de su *daimyō*.

El retumbar de la pólvora de los mosquetes se hizo más cercano y Saigō vio de reojo, a lo lejos, cómo alguien se acercaba hasta los guardias y estos le negaban la entrada al jardín. El último asalto del asedio se recrudecía por momentos.

El vino parecía vinagre rebajado, los mosquitos hubieran pasado por becerros en las ferias de ganado de Castilla y la grasa garrapiñada en las tablas amenazaba con arrancar las suelas de las botas con cada paso. Pero en toda Ciudad de los Reyes, que tenía el nombre pero no la enjundia, no había otro lugar en el que uno de los hombres del fuerte, además de ser bien recibido, tuviera la oportunidad de gastarse la soldada intentando apaciguar el asfixiante bochorno refrescando el gaznate.

Al fondo, tras la algarabía de unos cuantos que pellizcaban a la mulatita que servía las mesas, medio escondido entre las sombras que no espantaban las candelas, un joven, sin golilla ni cuera, removía el bebedizo agrio que vendían en la taberna jugando al tentetieso con un vaso de barro descascarillado. Tenía el aire pensativo del que ha dejado atrás algo más que una cuenta pendiente. Parecía inmune al jolgorio de los demás, entretenidos a pesar del caldo rancio, el humo espeso y el guiso lardoso que constituía el único plato del lugar.

—¿Y cuándo dan el responso? —inquirió uno, largo como un día sin pan, que se acercó hasta la mesa sorteando tumbos que hacían peligrar la jarra que llevaba en la mano.

El joven alzó la vista e hizo un esfuerzo por sonreír.

—¿Y quién es el muerto? Lo pregunto porque alguien ha tenido que pasar a mejor vida sin oportunidad de confesar, si no, a qué viene esa cara de estreñimiento galopante... Si con la bazofia que nos dan aquí no hay cristiano al que se le agarren las tripas... Yo ando más suelto que un cura en un convento...

Dámaso, acostumbrado, no tuvo el ánimo de darle importancia a la blasfemia, pero antes de que pudiera pedir a su amigo que se comportara de un modo más acorde a un soldado de los ejércitos del muy católico rey Felipe el Tercero, alguien irrumpió en la tabernucha como una tromba.

Las cabezas de los parroquianos se giraron al unísono, la mulata se fue a refugiar a las cocinas y el tabernero pensó en protestar.

–¡Martín! ¡Martín Valdés! –gritó el recién llegado desde el vaivén de la hoja de la puerta–. Pedid confesión o dineros. A mí me importa bien poco lo que preferáis –continuó, al tiempo que avanzaba entre los hombres, que se hacían a un lado tapando los vasos con las palmas para no derramar el vino infecto–. Pero, esta noche, o cobro mi deuda, o me hago un cinturón con ese largo pellejo vuestro.

El interpelado, cachazudo, echó un trago calmo a su propia jarra como si todo aquello no fuese con él.

–¿No sabréis si este antro tiene una salida por ahí atrás? –preguntó a su compañero de mesa, señalando con el cántaro hacia el fondo del local, para donde caería el puerto.

Dámaso se fijó en la gota de vino que se escurría desde la boca del jarro hasta el suelo y, poniéndose en pie, negó al tiempo que suspiraba.

–¿Qué ha sido esta vez? ¿Los dados?

Era el tono resignado de un padre que ha aceptado la travesura del crío antes incluso de regañarlo. Martín se secó los labios con el dorso de la mano que sostenía la jarra y asintió con una sonrisa franca.

–Estaba seguro de que no perdería...

–¡Rogad por vuestra alma! Y pedid a la Santa Virgen que se apiade de vos –interrumpió el que acababa de entrar, ya más cerca y con la espada desenfundada alzada por encima de la cintura–; o me dais lo que debéis o saldréis de aquí con los pies por delante...

Dámaso negó moviendo con desgana el mentón. Observó la postura del intruso con el hierro: era evidente que no se trataba de un espadachín digno de mención, pero no se podía dudar de que era un soldado curtido. Con la izquierda, el jaque desenvainó una de las largas dagas que llamaban «vizcaínas» y se preparó para cobrar su deuda